

texto de la oralidad, de la imprenta y las bibliotecas. Y así nos conduce al asunto de los niveles de lectura: la de el *Quijote* y la de los textos de caballerías en él implícitos.

Aquí toman parte, por supuesto, los avatares de la vida de su familia, las penurias y deudas de Cervantes, sus viajes, sus lecturas (de donde provienen, en citas, muchos de sus ejemplos de *intertextualidad* aunque otros tantos llegan a su obra desde el lenguaje coloquial, popular), su estancia en Italia, la repercusión en sus escritos de su experiencia vital, de sus alejamientos de Madrid y de Valladolid, aun estando en España.

Así nos aproximamos (cito) *en el asfixiante ambiente social e intelectual de la España de ese siglo*, a la figura de ese personaje de casta de hidalgo cristiano —aunque quizá de ascendencia judía— y a su Dulcinea morisca en un país donde ya no hay moros que combatir y donde no hay más estímulo vital que la lectura, a ese hombre que se desprende de sus bienes a cambio de libros, que se traslada desde su insulso ambiente doméstico a un imaginario mundo fantástico donde su vida se transforma. Y esta transmutación es la riquísima fuente de ambigüedades, enmascaramientos, transformaciones, abismales niveles de la diégesis y polisemia.

Al final, la autora pone en relieve los diversos niveles donde radican los colaboradores ficticios, los agentes mediadores de la estructura narrativa que conduce a efectuar una metalectura a través de un texto árabe traducido al castellano, lectura aderezada por distintos lectores que aportan horizontes tomados de otros documentos y de distintos narradores (que pasan luego a la segunda parte del *Quijote*).

Si alguien desea releer una vez más ese manantial de maravillas que es el *Quijote*, hágalo consultando esta investigación elaborada por María Stoopén, y agregará al disfrute del redescubrimiento de sus entresijos el placer de reflexionar sobre implícitos como su procedencia, su intención, sus estrategias, su profundidad, su trasfondo, su manantial de poder mágico.

Helena BERISTÁIN

Claudio MAGRIS, *El mito habsbúrgico en la literatura austriaca moderna*. Trad. de Guillermo FERNÁNDEZ. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1998.

Este estudio llena de manera oportuna la laguna que respecto de las letras austriacas existe en México hoy día, ya que cuando se diserta sobre las grandes obras literarias de autores de Austria —Schnitzler, Hofmannsthal, Zweig,

Joseph Roth, Musil, entre tantos más— no pueden faltar las referencias al *Mito habsbúrgico* de Claudio Magris; así lo destaca, por ejemplo, José María Pérez Gay en *El imperio perdido*: “sobre todo, la obra de Claudio Magris cuyos textos [...] le dieron a los estudios sobre Austria-Hungría otra dimensión” (Pérez Gay 1991: 323).

Heinrich Heine habla de un “cuento de hadas” cuando se refiere a Alemania. Claudio Magris equipara la Austria habsbúrgica con un mito. Vale la pena recordar, aunque sea en forma muy abreviada, la historia de la dinastía de los Habsburgo.¹

El nombre de la familia proviene del castillo de Habsburg, situado en el cantón Aargau en el norte de Suiza, cuyo primer dueño fuera probablemente Guntram el Rico (alrededor de 950), quien poseía grandes tierras en Alsacia y Suiza. Mientras los cantones suizos se independizaron a partir de 1291, formando así la primera democracia europea, los Habsburgo supieron ampliar sus otras posesiones, ya fuera a raíz de guerras (como por ejemplo la victoria de Rodolfo I, rey de Alemania a finales del siglo XIII, sobre Ottokar de Bohemia, por la cual se ganó Austria y Estiria), o bien mediante una juiciosa política de casamiento, de allí el dicho:

Bella gerunt alii! tu, felix Austria, nube!
Nam quae Mars aliis, dat tibi regna Venus!²

Es así como Maximiliano I (1493-1519) contrajo matrimonio con María, heredera de Borgoña, lo que le valió los ricos Países Bajos. En la línea de la política matrimonial de Maximiliano, su hijo, Felipe el Hermoso, se casó con Juana la Loca, heredera del reino español de los Reyes Católicos, y se firmó, en 1515, un tratado de herencia y casamiento mutuo con el rey Vladislav de Bohemia y Hungría. Fue bajo Carlos V (Carlos I de España) que el reino de los Habsburgo tuvo su mayor extensión y poder. El mismo Carlos V cedió los países hereditarios de Austria a su hermano menor, Fernando. Desde entonces se dividió la casa de Habsburgo en una línea austriaca y una española.

En España, le siguieron a Carlos I su hijo, Felipe II, luego Felipe III, Felipe IV (1621-1665) y Carlos II (1665-1700), con quien se extinguió la línea española. Fueron estos Habsburgo los reyes de los dos primeros si-

¹ Cf. con los respectivos artículos de la enciclopedia *Brockhaus Enzyklopädie*. Wiesbaden, 1969. 20 tt.

² Atribuido a Matthias Corvinus, rey de Hungría, 1490. Citado según: Georg Büchmann. 1946. *Geflügelte Worte und Zitatenschatz*. Zürich. P. 295.

glos de la Nueva España, representados en México por una larga cadena de virreyes.

La línea austriaca alcanzó un nuevo apogeo con la “benévola monarquía” (Magris 1998: 54) de María Teresa, gran rival de Federico el Grande de Prusia. Y, en 1815, el célebre Congreso de Viena, el “Congreso danzante” acuñó la imagen de la doble monarquía regio-imperial bajo el canciller Metternich, hedonista, conservadora, prudente y reacia a toda iniciativa progresiva o separatista dentro de esta gran “nación supranacional”. El penúltimo emperador Francisco José (el soberano más longevo del imperio austrohúngaro) murió en 1916. El príncipe heredero Francisco Fernando había sido asesinado en Sarajevo, evento que desencadenó el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Carlos I tuvo que renunciar al trono en 1918, con motivo de la derrota de Austria y Alemania. Desde entonces, Austria es una república, con excepción de los años 1938 a 1945 durante los cuales formó parte del Tercer Reich de Hitler. Si se observa un mapa que presente las fronteras de la Austria de antes y de después 1918 salta a la vista que del imperio austrohúngaro multiétnico sólo quedó la menor parte que es la actual República Austriaca de lengua alemana.

Cabe agregar que el hermano de Francisco José I, Maximiliano, archiduque de Austria, aceptó, en 1864, la corona imperial de México, ofrecida por Napoleón III, y trató de reinar lleno de idealismo, pero falto de realismo y fue fusilado en Querétaro en 1867. Este episodio histórico de las relaciones entre México y Austria dio lugar a muchas obras literarias.³

Ahora bien, no es inútil repetir que las mayores obras literarias, la poesía del joven Hofmannsthal y el teatro de Schnitzler, nacieron cuando la nación supranacional centroeuropea estaba por morir o ya se había extinguido. De hecho las novelas de Musil, Broch, Roth y Doderer —momentos cumbres en la literatura mundial— son retratos de un estado difunto; son añoranzas de una sociedad desaparecida.

Los libros disponibles hasta ahora en el mercado mexicano enfocan sobre todo esta época de la literatura austriaca. García Ponce (1992) dedica sus ensayos a Robert Musil, abogando porque se le reconozca al mismo nivel que los más leídos Joyce, Proust y Thomas Mann. Pérez Gay escribe la crónica de cinco de los grandes retratistas del imperio perdido: Hermann Broch, Robert Musil, Karl Kraus, Joseph Roth y el vienés de elección Elias Canetti. La compilación de Christine Hüttinger (1993) reúne trabajos de críticos de Austria y México que abarcan todo el siglo XX. Lo que distingue el estudio

³ Cf. Franz Werfel y Fernando del Paso; cf. también la simpatía con la que Magris describe a Maximiliano, amigo de Grillparzer (Magris 1998: 213-215).

de Magris de los demás es el hilo conductor del mito habsbúrgico que destaca por todos los fenómenos sociales, los autores y obras que analiza. Y es esa hipótesis, la formación de un mito, lo que deslinda su estudio de otros escritos sobre este tema, pues a Magris no le interesa escribir una historia literaria en el sentido tradicional, no nos informa sobre la vida de los escritores (nos harán falta estudios adicionales para dar a conocer al público mexicano los autores importantes del siglo XIX, como Ferdinand Raimund, Johann Nestroy, Franz Grillparzer y Adalbert Stifter), sino que escoge los datos que corroboran su hipótesis del mito. Y ya que este libro lo escribió hace casi cuarenta años, no es temerario afirmar que logró su objetivo. Con modesta vanidad intitula su prefacio “Treinta años después”, de hecho son más de treinta y cinco años, pero prefiere los treinta, por su alusión a los treinta años de *Los tres mosqueteros* y el famoso prefacio de Alexandre Dumas. En este prefacio y en el lúcido prólogo de Michael Rössner se percibe el lado emocional del libro. Se entrevé el hedonismo de Magris, escribiendo su tesis de grado sentado en el *Caffè San Marco* en Trieste, Italia, ciudad que antes pertenecía a Austria-Hungría. Pero se percibe también la situación particular del germanista italiano que escribe sobre “la Austria habsbúrgica”, que “para la Italia moderna, fruto del *Risorgimento*, había sido siempre ‘el enemigo’” (Magris 1998: 7), del que no puede evitar enamorarse. Enhorabuena que la ciencia, y hasta la ciencia masculina, haya superado los prejuicios de la total objetividad y frialdad hacia el objeto de estudio.

En lo que concierne a la versión española de Guillermo Fernández, hay que decir que se lee sin reparos. Y es lo mejor que se pueda decir de un texto traducido porque reparar en el texto quiere decir que algo anda mal. La única duda que queda son las citas en alemán que se conservaron como en el original italiano. Las citas literarias se traducen en las notas a fin de cada capítulo, a veces también expresiones idiosincráticas, como por ejemplo la de la página 38: “*fortwursteln*”, con la aclaración en la página 47: “*Fortwursteln* significa literalmente ‘irla pasando de alguna manera’”. Supongo que esta explicación la da el mismo Magris, aunque no explica la fuerza de la imagen, porque *wursteln* se deriva de *Wurst* = salchicha, o sea literalmente significaría algo como “arreglarse la vida salchicheando”, lo que es un símil de la vida segura, pero angosta, mezquina, medrosa que se contenta con los pequeños placeres en lugar de encarar las grandes perspectivas. Y no todos los términos se traducen, por ejemplo los de la página 305: “el antiguo *Gemüt*”, “esa capacidad de *durchfühlen*”, o los de la página 186: “sino *den lieben Gott*”, ¿cómo los entiende el lector no familiarizado con el idioma alemán? Pero es un detalle que no tiene mucho peso en comparación con esta edición hecha con tanto cuidado.

Ya un clásico sin duda alguna, *El mito habsbúrgico*, es un análisis crítico de la literatura austriaca de los siglos XIX y XX. Publicado en italiano en 1963 y traducido al alemán en 1966 dio a dicha literatura un margen interpretativo muy bien aceptado. Pero, ¿por qué se buscaba un margen interpretativo para la literatura austriaca? En Austria, a diferencia de Alemania, no se habló, en 1945, después de la derrota del fascismo, de la “hora cero” de la literatura, de la hora en que los escritores cuestionaban la legitimidad de escribir poemas después de las atrocidades cometidas por los fascistas. A pesar de la participación activa de la población austriaca en ello. Austria tenía el “privilegio” de ser considerada por los aliados como la primera víctima de la agresión fascista. Por lo tanto, los intentos de re-educación, los intentos de hacer justicia a través de mecanismos legales, como por ejemplo los tribunales de Nurembergo, se dieron en mucho menor medida en Austria que en Alemania. Claro está que también en Austria se habló de un “¡Nunca jamás!”, y con intentos legales se trató de erradicar el pasado fascista de la estructura social de Austria, por ejemplo a nivel constitucional la prohibición y penalización de la *Wiederbetätigung* (las actividades fascistas) y la suspensión de los miembros del partido nacionalsocialista de cargos públicos. Pero el cambio austriaco no es radical. Ya en 1949, los ex nazis encontraron expresión política en el VDU (*Verein der Unabhängigen*), formación política admitida por la coalición entre socialcristianos y socialdemócratas, ávidos de votos. Esta situación se reflejaba también en el ámbito literario: las personas que habían ocupado puestos importantes en la Austria corporativista pronto tomaron su papel de antes en la sociedad austriaca, y los premios nacionales, el otorgamiento de financiamientos y los jurados de las comisiones empezaron a fluir pronto en los canales viejos. En Austria no hubo una circulación de elites, sino una continuidad en el poder. Consecuentemente, en los años cuarentas y cincuentas, la crítica buscaba una forma para definir “lo austriaco” en la literatura. Una y otra vez se habló de “la esencia, del espíritu austriaco, del alma y sentir específicos” de los austriacos, vertidos en la literatura. A falta de análisis político, se conjuraba la espiritualidad.

En esta situación se publica el libro de Magris, acogido e incorporado inmediatamente al discurso público. ¡Por fin se disponía de un instrumento analítico, no comprometido, que sirviera de modelo de comprensión y de interpretación!

Como apunta Walter Weiss:

Magris interpreta el mito de Austria como producto secundario de la ideología política, renuente al cambio, del imperio moribundo de los

Habsburgo. La continuidad espiritual-literaria austriaca, también después del ocaso de la monarquía, se “desenmascara”, a pesar de acentos positivos en las obras individuales, como estática retrógrada, como inmovilismo, como falta de adaptación a la actualidad y sus hechos históricos y demandas. El libro de Magris tiene el valor de una corrección crítica del antes mencionado proceso de una legitimación hasta una transfiguración mítica de lo austriaco, tanto en la literatura como en las personas (1981: 612. Trad. C. H.).

Ahora bien, ¿qué instrumento interpretativo propone Claudio Magris? ¿Qué es el mito habsbúrgico? Magris lo define de la siguiente manera: “no es un simple proceso de transfiguración de lo real, propio de toda actividad poética, sino la completa sustitución de una realidad histórico-social con otra ficticia e ilusoria; es la sublimación de una sociedad concreta en un pintoresco, seguro y ordenado mundo de fábula” (Magris 1998: 32).

De la antropología estructural de Lévi-Strauss hasta la semiología de Roland Barthes, el mito es un instrumento empleado frecuentemente para ver cómo se constituye una sociedad, qué elementos se usan y cómo se agrupan los diversos elementos para obtener un significado en torno a las propias vivencias. Claro está que en nuestras sociedades modernas y laicas, el papel de la literatura en el proceso de otorgar sentido es fundamental. La literatura realiza una transformación de la realidad a través de la escritura.

El mito habsbúrgico, según Magris, consta de tres elementos:

- 1o. La idea supranacional.
- 2o. La preponderancia de lo burocrático.
- 3o. Un sensual y placentero hedonismo.

Cada uno de estos elementos contiene matices más finos. En Franz Werfel, por ejemplo, el imperio de los Habsburgo adquiere un significado político-religioso “bajo el reino de una idea superior”. La idea supranacional encuentra su expresión en el llamado del emperador Francisco José II “Meine Völker” (Mis pueblos), que al mismo tiempo es el sostén espiritual y propagandístico en lucha contra el despertar moderno de fuerzas nacionales. Con su idea supranacional, el imperio habsbúrgico escondía tras sus pliegues, la función alemán-centroeuropea, o sea la de ser un colonizador cultural de la Europa oriental.

La preponderancia de la burocracia tiene que ver ciertamente con el desarrollo de las fuerzas productivas. Según Max Weber, la burocratización de las estructuras organizativas de la sociedad es una forma de socialización de las relaciones de dominio. La interpreta como tendencia históricamente necesaria para el ejercicio del control con base en conocimientos, organiza-

do por reglas abstractas y dirigido hacia una máxima efectividad (cf. Menasse 1990: 16). Desde el siglo XIX encontramos en la literatura austriaca los retratos del pequeño burgués, del burócrata. El primero en esbozar este tipo de personaje fue Schreyvogel, en su novela corta *Samuel Brinks letzte Liebe* (*El último amor de Samuel Brink*), que contribuye a crear el deseo de un ritmo de vida pausado y tranquilo, la aceptación de los estrechos límites sociales, el apego a las sólidas virtudes de la honestidad y de la corrección que serán una temática fundamental del mito habsbúrgico (Magris 1998: 92 y ss.). Esta novela corta abre el paso a muchos personajes similares (Grillparzer en *Bruderzwist*, Adalbert Stifter en *Nachsommer*, Schnitzler, Musil y Doderer), subrayando la fidelidad como máxima virtud habsbúrgica.

Junto con su aceptación tácita e incondicional de un orden superior, la literatura austriaca está permeada por un tono de melancolía y resignación. Magris quiere ver en ello un ingrediente distintivo de dicha literatura. Empero, el eminente crítico literario Hans Mayer ve en ello más bien un fenómeno del que participa toda la literatura europea; citando a Lukacs sostiene:

La resignación juega un papel muy importante en toda la literatura burguesa europea del siglo XIX. El Goethe tardío es uno de los primeros en evocar este tono. Balzac toma en sus novelas didáctico-utópicas primero el camino de Goethe: hombres que han renunciado a su suerte personal o tienen que renunciar a ella, representan en la sociedad burguesa los únicos que buscan objetivos sociales, no-egoístas (1959: 304. Trad. C. H.).

Según Mayer (*ibid.*: 308), la sustancia de la novela es el fracaso, la decepción, el rechazo del mundo; la conclusión formal de las novelas resulta cada vez más difícil.

No sólo el burocratismo entra en la literatura austriaca. También se nota el provincialismo que, al principio del siglo XX, fue, por cierto, una corriente muy importante, pero bastante conservadora. El conjuro de la tierra, la vida sana y feliz en el campo, expresado por esta literatura, ha dado pie a que la literatura austriaca fuera tildada de ahistórica. Una corriente literaria que preparó el terreno para la ideología corporativista y fascista. El idilio del campo tiene que ver también con la estructura social, con la pauperización y las crisis del capitalismo austriaco. Pero habría que mencionar también que a partir de los años sesentas se dio un fenómeno, el así llamado *Anti-Heimatroman*, en el que los escritores expresan de forma crítica la miseria del campo.

Con cierta frecuencia se le reprocha a la literatura austriaca su ahistoricidad, es decir, la negación de un desarrollo histórico. En la más íntima

concepción grillparzeriana de la realeza vemos la polémica contra un tipo moderno de monarquía, ilegítima y prepotente, basada en el sable y en la altivez nacionalista, en lugar de los derechos de la tradición y de la legitimidad; por lo tanto, un poder no sostenido y afinado por el señorío de una misión secular y por el conocimiento de un orden superior. Dice Claudio Magris al respecto: “Desde este punto de vista se comprende la polémica antiprusiana, predilecta de los escritores austrohúngaros, que oculta una envidia, un despecho profundo; sobre todo, que encubre piadosamente la derrota habsbúrgica frente a la ‘nueva’ Prusia en su misión secular: la unificación alemana” (Magris 1998: 178).

Comparando la literatura austriaca con la alemana vemos que la ahistoricidad, la negación de la historia, encuentra cabida en muchos autores. Magris lo señala en su análisis de la obra de Musil y la de Doderer. Es una crítica justificada, vista desde una perspectiva social, pero al plantearnos nuevamente la pregunta de cuál es el sentido de la literatura, tendríamos que contestar que la escritura no retrata una realidad dada. La literatura no describe las circunstancias reales como Magris lo señala en la novela de Joseph Roth *La marcha de Radetzky*, sino, justamente por sentirse desarraigado, Roth, y con él toda su generación, se afana en crear su propia patria literaria (cf. Schmid 1998: 92).

El acto de escribir tiene una función compensatoria y es la búsqueda de un sentido perdido, de un paraíso perdido. Es, finalmente, un arma contra el paso atroz del tiempo, un arma en contra de nuestra propia mortalidad.

Refiriéndose a Robert Musil, Magris dice: “Por lo general, la realidad aparece ante los ojos de Musil como una gran metáfora, como una maraña de lazos y soluciones provisionales, de prototipos y variantes dispuestos en un sistema siempre cambiante de abscisas y ordenadas. Cada cosa alude a otra” (Magris 1998: 449).

Y un poco más adelante Magris advierte que la historia aparece “como caducidad o como fiesta sin edad del tiempo recuperado; nunca como fase del desarrollo humano en el proceso de su desarrollo” (*ibid.*: 450). Michael Rössner señala acertadamente en su prefacio que el libro no puede negar su propio contexto histórico-social, el de los años sesentas, que expresaba abiertamente su fe en el desarrollo de las relaciones humanas.

Musil con su gran novela *El hombre sin cualidades* es analizado bajo el concepto de sociología religiosa: esta novela gigantesca, de más de mil páginas e inconclusa, ¿no refleja la incapacidad del hombre burgués de encontrar una solución a las contradicciones del capitalismo? (como señala Mayer).

La propuesta analítica de Magris es muy sugerente y podría, tal vez en forma modificada, aplicarse al estudio de las letras mexicanas. A la literatu-

ra que gira en torno a un tema —por ejemplo la Revolución mexicana o más bien su mito— la creación del mito sirve para presentar un modelo explicativo de la realidad que nos rodea.

Marlene RALL y Christine HÜTTINGER

Bibliografía

García Ponce, Juan. 1992. *El reino milenario*. México, UNAM, Difusión Cultural.

Hüttinger, Christine, coord. 1993. *Contrabando de imágenes. Ensayos en torno a la literatura austriaca del siglo XX*. México: UAM.

Magris, Claudio. 1998. *El mito habsbúrgico en la literatura austriaca moderna*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades.

Mayer, Hans. 1959. *Von Lessing bis Thomas Mann*. Metzingen: Neske.

Menasse, Robert. 1990. *Die sozialpartnerschaftliche Ästhetik. Essays zum österreichischen Geist*. Wien: Sonderzahl.

Pérez Gay, José María. 1991. *El imperio perdido*. México: Cal y Arena.

Schmid, Georg. 1988. *Die Spur und die Trasse. (Post-)Moderne Wegmarken der Geschichtswissenschaft*. Wien: Böhlau.

Weiss, Walter. 1981. "Die Literatur der Gegenwart in Österreich". Manfred Durzak, ed., *Deutsche Gegenwartsliteratur. Ausgangspositionen und aktuelle Entwicklungen*. Stuttgart.

Jorge FUENTES MORÚA, *José Revueltas, una biografía intelectual*. México, UAM, 2001. 480 pp.

Hubo un tiempo en que los chinos tenían la culpa de todo: habían inventado, entre otras muchas cosas, la pólvora y la porcelana blanca, siendo ambas causa de tantos platos rotos, y en el tiempo de Mao salieron a luz un gran número de otros inventos y descubrimientos en los que los chinos tenían primacía.